

PUDIERA decirse que en estos momentos los economistas, sociólogos, especialistas en la ciencia de la alimentación, agricultura, tecnología, etcétera, se dividen en cuanto a contemplar la evolución futura de nuestro planeta: aquellos que creen que el crecimiento con la tecnología dura, actualmente existente, es ilimitado, generalmente sin tener en cuenta a qué precio, y aquellos que creen que estamos próximos a tocar un techo y que si se prolongan los actuales crecimientos exponenciales de la población y de la producción industrial, tendrá lugar la destrucción total e inevitable de nuestra civilización en el curso del siglo próximo. A René Dumont cabría encuadrarlo entre estos últimos. Para él son demenciales las perspectivas de los primeros y optimistas irreflexivos sus partidarios: Colin Clark, Khan y Wiener... («Abundancia y hambre», «El año 2000...»). Pero René Dumont va mucho más lejos. No se trata de evocar un futuro negro neutro, como lo han hecho en diferente medida, por ejemplo, el Club de Roma, las naturalistas inglesas del grupo The Ecologist o Barbara Ward y René Dubos en «No tenemos más que una Tierra», se trata de indicar claramente las consecuencias sociales y políticas que pueden deducirse de sus previsiones, las causas de persistencia de los países pobres y los nombres de los responsables del drama que se aproxima. René Dumont, sesenta y nueve años, agro-economista, intenta desde hace cuarenta que tomemos conciencia del carácter absolutamente inadmisibles y de las injusticias fundamentales, a escala mundial, sobre todo, de nuestra economía capitalista: la del mundo que se jacta de ser libre, olvidando fácilmente que es ante todo el mundo rico. Para él, viajero infatigable que recorre el mundo luchando contra el subdesarrollo y el hambre galopante, de Bangla Desh a los Andes y del África Tropical a la India y China, no solamente caminamos hacia una ruptura brutal de nuestro tipo de civilización, que sufrirán ya nuestros nietos, sino que privamos definitivamente a los países de economía dominada, por los privilegios cada vez más insostenibles, de toda esperanza, de toda posibilidad de un desarrollo real. Nosotros, los privilegiados, los ricos, los despilfarradores y contaminadores, todos los que aprovechamos la sociedad de consumo. Porque degradamos las tierras laborables y cubrimos el suelo fértil del hormigón de nuestras ciudades y autopistas, porque quitamos las proteínas de la boca de los niños de los países pobres para dárselas a nuestros perros y gatos, vacas, aves, etcétera (la producción industrial de alimentos para perros ha supuesto, por cabeza de perro americano en 1967, al-

RENE DUMONT LA UTOPIA Y EL APOCALIPSIS

rededor de la renta media hindú, es decir, mucho más que la hindú pobre), porque con el automóvil privado, los embalajes no recuperables, el desperdicio de papel (cada número del «New York Times» dominical cuesta 15-20 hectáreas de bosque), los abusos de la publicidad que incita al derroche... consolidamos la miseria de los otros. A través de su obra, Dumont ha ido mostrando cómo era explotado el Tercer Mundo, cómo caminamos hacia el hambre y cómo el África negra había iniciado mal su camino. Hace más de diez años proponía que los países africanos desarrollasen al máximo la energía animal como única forma de acumulación primitiva de capital, para evitar el caer en la compra de costosas maquinarias y tractores de variados modelos, objeto de huida de divisas, y de tecnología de reparación difícil por lo variada. Con ocasión de la participación en las sesiones de trabajo, desarrolladas en Holanda sobre la agricultura en la sociedad del año 2000, convocadas por la Fundación Europea de la Cultura, hemos tenido ocasión de charlar en varias ocasiones con él, conversador ameno e infatigable y persona enormemente vivaz. De esas charlas, recogidas en magnetofón, hemos extraído algunos textos que pueden ser de gran interés ecológico. Hemos suprimido las preguntas por nosotros formuladas para no ocultar la continuidad y el interés del contenido de las respuestas; nos hemos limitado, pues, a recoger sus ideas.

René Dumont: Hay mucho de verdad en la observación del Club de Roma de que el planeta es un mundo finito, es un mundo limitado. Hay también mucho de verdad en sus declaraciones, según las cuales si continúa el crecimiento exponencial de la población y de la producción industrial, el mundo va hacia dificultades crecientes.

Pero estas tesis no han planteado el problema bajo los dos ángulos que yo lo he planteado en mi último libro, «La utopía o la muerte»: el ángulo político y el ángulo de los países del Tercer Mundo.

Los países desarrollados piden que todo el mundo detenga el crecimiento, mientras que ellos extraen una parte excesiva de los recursos escasos del planeta, como sucede



«Yo pasé cuatro horas en el mes de junio de 1970 en Los Angeles y durante cuatro horas me lloraron los ojos, tanto como en el boulevard Saint-Michel, en París, en mayo de 1968, pero allí en California no había granadas lacrimógenas, simplemente contaminación».

en el caso del petróleo y de los metales. Los Estados Unidos, que tienen sólo un 6 por 100 de la población mundial utilizan, o más bien despilfarran, del 24 al 40 por 100 de los recursos del planeta. Entonces, cuando los Estados Unidos dicen que hay que parar el crecimiento de la población, digo que sí, pero lo que hace falta es detener primero el crecimiento de la población rica, dado que un americano derrocha y contamina mucho más que un ciudadano de la India. Los 210 millones de americanos despilfarran y contaminan tanto como lo

harian 6.000 millones de indios, caso de que hubiera 6.000 millones de indios; en realidad, no hay más que 560 millones, por consiguiente, despilfarran y contaminan unas once veces más que los indios; por tanto, son ellos, los americanos, los que deben detener el crecimiento demográfico, y a ellos a los que corresponde detener el crecimiento de la producción industrial que conduce a una catástrofe.

Yo pasé cuatro horas en el mes de junio en 1970 en Los Angeles, y durante cuatro horas me lloraron los ojos, tanto como en el boulevard



"El mimetismo existente entre países ricos y países pobres, en cuanto a los modelos de desarrollo, juega en desventaja de los países pobres".

MARIO GAVIRIA y JOSE A. HERNANDEZ-SALINAS

de Saint-Michel, en París, en mayo de 1968; pero allí, en California, no había granadas lacrimógenas, simplemente la contaminación de Los Angeles bastaba para hacerme llorar físicamente.

Así, pues, la primera observación importante es tener presente dos tipos de política diferente para los países ricos y para los países pobres, en lo referente a los problemas de crecimiento cero. Los países ricos no tienen derecho a acaparar una parte excesiva de los recursos mundiales, de los recursos escasos de petróleo, de metales o de alimentos. Si todo el mundo comiera como los americanos, la producción agrícola actual no podría alimentar ni a mil millones de hombres. Actualmente los americanos, a través de su ganado, así como de sus animales domésticos, como gatos y perros, consumen una cantidad de proteínas muy importante que es desviada de las necesidades de los niños de los países pobres. El 30 por 100 de los 70 millones de toneladas de pescado capturado en el mundo son transformados en harina de pescado. Harina de pescado que va a alimentar los animales de Estados Unidos, Canadá y Europa Occidental. Estas harinas de pescado son asimilables directamente por los niños de los países pobres que les faltan proteínas. Pero cuando se dan estas harinas de pescado a una vaca lechera, se recupera en la leche solamente la sexta parte de las proteínas que la vaca ha ingerido.

Por consiguiente se transforman proteínas muy válidas en otros proteínas con un desperdicio considerable en provecho de los países ricos.

Ya ven ustedes, pues, cómo planteo el problema del crecimiento real desde un punto de vista totalmente diferente del Club de Roma. Yo lo planteo como el detener el crecimiento en los países ricos únicamente. En cuanto a los países pobres es necesario que continúen desarrollándose. No obstante, puede decirse que hay interés, una vez que se haya detenido el crecimiento demográfico de los países ricos, en detener también el crecimiento demográfico de los países pobres superpoblados. Acabo de volver de Bangla Desh en donde hay, sobre un territorio de una cuarta parte de Francia, 75 millones de habitantes que son únicamente agricultores, que no tienen ninguna industria, y que se encuentran actualmente en una situación alimenticia dramática, allí, evidentemente, tienen también interés en detener el crecimiento demográfico.

Visto todo esto, yo propongo en mi último libro un organismo mundial de afectación centralizada de todos los recursos escasos, es decir, en esta concepción, los países no recibirían asignación de recursos escasos en función de su riqueza, en función de sus dólares, dólares que se pueden fabricar fácilmente, puesto que en los Estados Unidos asistimos desde hace unos años a la más grande fabricación

de falsa moneda a escala mundial que jamás haya existido, ya que hay circulando por el mundo sesenta mil millones de dólares fabricados en Estados Unidos, más todos los euros dólares, más todos los cheques emitidos por los bancos americanos o europeos; es verdaderamente una cosa extraordinaria el poder comprar fábricas en el mundo con falsa moneda.

Así, pues, en cuanto a la asignación de recursos escasos yo propongo que se atribuyan en función de las necesidades, es decir, cada país los recibiría en función de su población.

El mimetismo existente entre países ricos y países pobres en cuanto a los modelos de desarrollo, juega en desventaja de los países pobres. Ustedes me preguntan sobre el tema de los tractores agrícolas. Ya he protestado contra su generalización en estos países del Tercer Mundo, entre otras cosas porque generan el paro. Actualmente, el drama de los países en vías de desarrollo es que se les proponen industrias que les exigen muchos capitales, muchas técnicas muy complicadas, muchas aptitudes muy sofisticadas, mano de obra muy calificada, mientras que estos países de lo que tienen exceso es de mano de obra no calificada y, por el contrario, tienen escasez de capitales y de mano de obra calificada.

Por consiguiente, el tipo de desarrollo que se les propone actualmente es un tipo de desarrollo que conduce al aumento del paro. Lo que haría falta primeramente, en los países en vías de desarrollo, a la vez que aumentar la producción, es repartir el empleo entre todo el mundo, de manera que se pueda repartir el poder de compra entre todo el mundo, y así que todo el mundo pueda comer.

Cuando hablamos de comer hay que dar una gran importancia a los aspectos proteínicos. Actualmente puede pensarse que las harinas de pescado no deben continuar siendo reservadas a la alimentación de los animales de los países ricos. Si estas harinas de pescado fuesen reservadas a la alimentación de los niños de los países pobres de uno a cinco años, habría suficiente para alimentarlos correctamente en proteínas en su primera etapa de la vida, sobre todo, añadiendo recursos de leche en polvo que Europa produce en exceso y no encuentra salida en los mercados mundiales normales, por lo que se podría distribuir en forma de donación. Además, si la harina de pescado no bastase, existen veinte millones de toneladas de productos secundarios oleaginosos de soja, cacahuete, etcétera, que son alimentos proteínicos ciertamente válidos. La soja, también se da al ganado de los países ricos, habiendo en estos momentos escasez mundial.

Actualmente, el único problema de las carencias proteínicas de los niños pobres es su poder de compra. No tienen los medios de compra de estos alimentos proteínicos y, por el contrario, el ganado de los países ricos tiene los medios de comprarlos, si puedo explicarme de esta manera, en el sentido de que son los ricos los que compran estos alimentos para su ganado y lo transforman en proteínas. Por consiguiente, en la situación actual hay bastantes proteínas para todos, únicamente es un problema de distribución, de reparto. Es decir, de una parte hay personas que tienen bastante, o mejor, demasiados alimentos; y por otra parte, personas que no tienen suficiente, porque los alimentos se reparten en función del poder de compra y no en función de las necesidades.

Además, existen ciertas posibilidades de creación, fabricación o producción de otros alimentos proteínicos. Pienso en las algas. He visto en Praga y Japón instalaciones de producción de algas, que son verdaderamente la manera de producir el máximo de proteínas vegetales en un mínimo de superficie y tiempo, con la aportación de ciertos abonos nitrogenados.

He visto en el Aveyron, en el Sur de Francia, la Compañía British Petroleum, que produce actualmente 20.000 toneladas de levadura de petróleo, al 60 por 100 de proteínas, por año. Y yo mismo he comido estas levaduras de petróleo que no tienen ni olor ni sabor, pero que son proteínas.

Pero los países en vías de desarrollo no pueden contar con las aportaciones de los ricos, deben contar con sus propias fuerzas, deben contar con el aumento de su producción. Para este aumento se ha contado desde hace tiempo con la «revolución verde». Los resultados obtenidos por el trigo de mi amigo Borlogue, seleccionado primero en Méjico y luego en Pakistán y la India, donde en seis años se ha pasado de 12 a 26 millones de toneladas de trigo. Después llegó la «revolución verde», al arroz en Filipinas, el famoso arroz de los milagros del Instituto Nacional de Ricultura de los Mayos, cerca de Manila. El éxito no ha sido tan espectacular porque estos arrocés tienen una potencialidad de producción muy elevada, hasta ocho y nueve toneladas por hectárea, pero a condición de darles todo lo que piden: son muy lamineros, muy exigentes, necesitan muchos fertilizantes, agua y pesticidas, ya que son muy sensibles a ciertas enfermedades.

Todo esto va acompañado de un problema más grave: sólo una pequeña minoría de agricultores ricos que puede cumplir las exigencias de inversión, obtiene buenas cosechas y se enriquece. Los otros no pueden cumplirlas. Esto ha sucedido en la India. El director general

Alianza Editorial

El libro de bolsillo

461

Mortimer Ostow
**La depresión:
psicología de la melancolía**

449

Carlos Castilla del Pino
Introducción al masoquismo
Leopold von Sacher-Masoch
La Venus de las pieles

*431

Carlos Castilla del Pino
La culpa

298

Jean-Paul Sartre
**Bosquejo de una teoría
de las emociones**

213

Carlos Castilla del Pino
Psicoanálisis y marxismo

203

Ludwig Marcuse
Sigmund Freud

**155

Carl G. Jung
**Los complejos y
el inconsciente**

151

Iván Pávlov
Fisiología y psicología

**130

George A. Miller
Introducción a la psicología

Y la obra de
Sigmund Freud
(19 volúmenes publicados)

Volumen sencillo, 60 ptas.

* Volumen intermedio, 90 ptas.

** Volumen doble, 120 ptas.

*** Volumen especial, 150 ptas.

RENE DUMONT ENTRE LA UTOPIA Y EL APOCALIPSIS

de la FAO en Roma nos ha dicho recientemente que la «revolución verde» había tenido como único resultado social el enriquecer a los ricos y empobrecer a los pobres.

Hace ya bastantes años que yo me ocupo especialmente de la agricultura del Tercer Mundo, y cada vez menos de la agricultura europea; no obstante, he estudiado detenidamente el informe Mansholt y el informe Vedel. Un colaborador mío ha hecho un estudio por encargo de la Comisión Económica de Bruselas, para mostrar que finalmente si se observa la escasez de carne de vacuno, por ejemplo, que presenta la agricultura europea, para suplir esta escasez Europa necesitaría reutilizar el territorio agrícola francés en forma de prados naturales. Actualmente, el ganado de los europeos se alimenta de esas proteínas que roba a los niños del Tercer Mundo. En la hipótesis de que hubiera un reparto racional de estas proteínas, en el que la harina de pescado fuese a los niños, así como la soja y otros productos oleaginosos, en ese momento Europa debería producir sus proteínas por sus propios medios, contando sólo con sus propias fuerzas, como suelen decir nuestros amigos chinos. En ese momento haría falta ampliar la superficie de prados naturales, y en ese momento no sería necesario retirar de la agricultura europea los cinco o seis millones de hectáreas de que hablan Mansholt y Vedel. He aquí un gran problema.

Para pasar a una ganadería de bovino de leche a bovino de engorde, pues tenemos escasez de carne, es necesario aumentar las superficies de cada explotación y, por consiguiente, reducir aún más de prisa el número de agricultores. Para obtener una buena explotación de ganadería de carne sobre prados naturales, para Francia, por ejemplo, haría falta que cada agricultor dispusiera de aproximadamente 200 hectáreas, lo que representa un problema de capacidad dentro de los agricultores expulsados de la agricultura, capacidad de alojamiento, de educación, de empleo en las zonas urbanas a las que tendrían que emigrar. Esta dificultad de crear rápidamente empleos fuera de la agricultura hace que el Gobierno francés prefiera subvencionar la agricultura lo que resulta más fácil y rentable que crear nuevos empleos.

En el caso de los Estados Unidos hay alguna diferencia. La insuficiencia de consumo de productos agrícolas de ciertas clases sociales, especialmente de las minorías raciales, viene precedida de la insuficiencia de las rentas familiares, sobre todo, porque la economía americana no es capaz de asegurar el pleno empleo del conjunto de la población. Es evidente que hay una gran cantidad de granjas marginales en los Apalaches, las Rocosas,

etcétera, que viven en condiciones extremadamente miserables, así como son situaciones económicas muy degradadas las de los seiscientos mil trabajadores chicanos y negros que se dedican a la recogida de frutas y hortalizas de manera emigratoria de Norte a Sur del país.

Hace un año yo estaba en Estados Unidos en un coloquio organizado por Barbara Ward y Lady Jackson en la Columbia University sobre el problema del desarrollo y el medio ambiente. Teníamos como objetivo el estudiar los problemas planteados por el Club de Roma a la luz de las necesidades de los países en vías de desarrollo, que son distintas de los países desarrollados. En esta ocasión, el profesor Martin Alexander, de la Universidad Cornell, explicaba cómo las grandes explotaciones de ganado vacuno estabilizado, alimentado con piensos compuestos concentrados, generaban un estiércol cuya manipulación y recogida resultaba demasiado cara para los agricultores, y no habiendo nadie interesado en recuperarlo, lo estaban tirando a los ríos. Igual pasa con las granjas avícolas, que llegan a tener hasta millones de cabezas. Antiguamente se recogía el estiércol y volvía a equilibrar la tierra. Cosa que sucede actualmente cada vez menos, ya que es arrojado a los ríos, que comienzan a perder la capacidad de regeneración, como consecuencia del exceso de productos orgánicos, lo que genera la no oxigenación, la muerte próxima de los ríos. (Esto ha sucedido ya en el lago Erie.)

Como a las tierras les faltan materias orgánicas se añaden dosis crecientes de abonos —el consumo de estos en Estados Unidos ha alcanzado proporciones extraordinarias, crece a velocidad exponencial— que atraviesan las capas arenosas de las tierras de cultivo rápidamente, y que pasan al agua potable de la ciudad, lo que ha llevado a encontrar en el agua de algunas ciudades dosis excesivas de nitratos, el cual, absorbido por el intestino es transformable en nitrito, un tóxico que ha producido envenenamientos a los niños. Yo, como nieto de agricultor francés, he sido educado en el respeto del estiércol orgánico como algo fundamental. Ahora nos dicen que cuesta demasiado caro; evidentemente, si se analiza la agricultura, únicamente en función de los costes sin considerar la salud de las gentes, que son alimentadas por esta agricultura, llegaremos a situaciones muy aberrantes.

Estuve en el Norte del Camerún, en medio de poblaciones muy primitivas, esos que se llaman «salvajes» —como no están vestidos se les llama salvajes—, y tenía frente a mí a uno de los jefes de estas poblaciones. Le pregunté que a quién pertenecía la tierra, y me dijo: «La

tierra pertenece a nuestros antepasados, por los cuales sentimos un gran respeto; la tierra pertenece también a los que vivimos actualmente, y no la debemos agotar si no que la debemos cultivar satisfaciendo nuestras necesidades, la tierra pertenece también a nuestros nietos, bisnietos y tataranietos». Lo que venía a decir que la tierra es un bien que se hereda, y que hay que mantenerla para el futuro en condiciones, lo cual es una posición sabia de los «salvajes».

Hay también lo que se llama los civilizados. Es el caso de cómo los americanos arrancan la caña de azúcar en las Islas Hawái con bulldozers, sin preocuparse de la destrucción que lleva consigo todo ese proceso en los próximos años, y a esos se los llama civilizados. Pienso que nos va a hacer falta rehacer completamente nuestra concepción de lo que es civilización.

Si nos encaminamos hacia una escasez de elementos minerales y hacia una escasez de petróleo, dentro de pocas generaciones, es evidente que nuestra concentración de población en las ciudades nos conducirá a una catástrofe. En mi último libro, «La utopía o la muerte», muestro que es preciso luchar contra la concentración urbana, hay que luchar contra el símbolo de nuestra civilización, que es el automóvil privado, hay que luchar para rehabilitar el trabajo agrícola y rehabilitar el trabajo de calidad agrícola. No solamente los campesinos producirán alimentos de calidad, sino que producirán el mantenimiento de la Naturaleza, el mantenimiento del medio ambiente, el mantenimiento de las condiciones ecológicas para transmitirlos de manera satisfactoria. La salvaguarda del patrimonio nacional y el patrimonio mundial forestal, así como de los prados, del agua pura y del oxígeno, corresponderá a los agricultores. Es evidente que las comunidades nacionales e internacionales deberán retribuirles por esa función.

Pienso, además, que hace falta hacer desaparecer progresivamente las diferencias entre trabajo manual y trabajo intelectual, hace falta superar las diferencias entre el trabajo rural y el trabajo urbano como en China, pero no se trata únicamente de creer que mi idea de aumentar la población dedicada al trabajo de los campos; mi idea es el aumentar la población que viva en el campo de manera dispersa en pequeñas y medianas comunidades. Entonces, en lugar de transportar a todo el mundo hacia la ciudad, pienso que la industria y los servicios se podrían llevar hacia el campo y rehacer en los pueblos una vida completa, no solamente agrícola, sino artesanal, industrial, comercial y de servicios, de forma que se puedan crear centros de vida rural muy activos y dinámicos.



"Actualmente, el ganado de los europeos se alimenta de esas proteínas que roba a los niños del tercer mundo".

En cuanto a los tipos de agricultura —familiar, de grupo, capitalista o cooperativa y otras fórmulas que puedan surgir— estimo que hace falta prestar cada vez más atención al peligro que pueda representar la agricultura capitalista. Puede llegar a crear en el campo ciertas formas de producción que, desde el punto de vista de la calidad, será decreciente y, sobre todo, dominadas por el sector industrial y comercial. Las combinaciones agroindustriales, como las combinaciones agrocomerciales, nos harán ver una agricultura dominada, y el agricultor transformado en un asalariado de este sector. Es para luchar contra todo esto por lo que se están creando las fórmulas cooperativas y las fórmulas de agrupación de cultivo en común. Pero hace falta que sean auténticas y profundamente democráticas. Son absolutamente indispensables para defender una cierta autonomía de los agricultores que rechazan el ser transformados en asalariados capitalistas, en asalariados de la agricultura de la misma manera que los artesanos del pueblo se han visto obligados a emigrar y convertirse en asalariados de la industria moderna.

En todo movimiento ecológico se habla de los peligros de los herbicidas y los pesticidas, así como de los abonos químicos. Yo creo que son dos peligros de escalas diferentes: hay los pesticidas del tipo del DDT, en los que la nocividad para los pájaros y los peces es extremadamente grave. Cuando es empleada en los campos de arroz acaba matando todos los peces de los estanques vecinos, lo que acaba con las proteínas, que son muy importantes como resultado de la pesca en los países orientales, especialmente en China y la India. El DDT, además, es difícilmente destructible, y acaba llegando al consumo humano por ciclos bastante insólitos. Pasa del suelo a la hierba, de la hierba a la vaca, de la vaca a la leche y de la leche al niño. Esta es una de las causas por las que se ha prohibido el DDT, a pesar de haber tenido, en ciertas épocas históricas, un aspecto benéfico. En cuanto a los abonos y fertilizantes químicos, el problema es distinto. No es seguro que se pueda plantear en los próximos

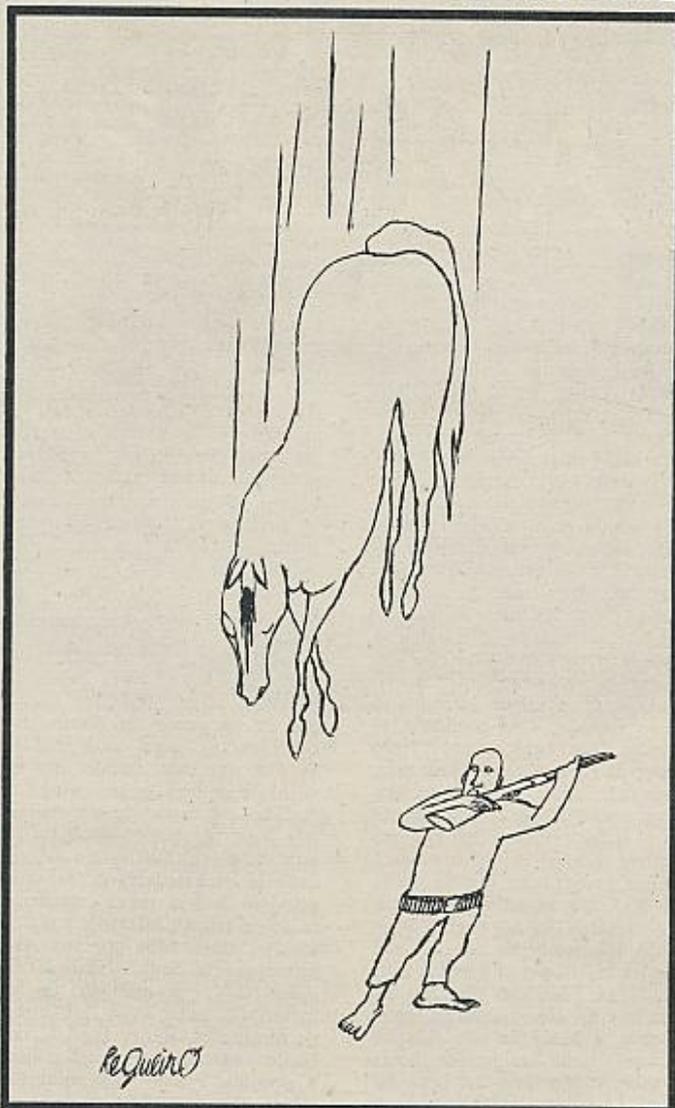
años una supresión de éstos, puesto que iría acompañada de una época de hambre planetario. Aunque sí hay que pensar seriamente en aprovechar todos los restos orgánicos de las basuras urbanas como abonos orgánicos, así como en los alcantarillados y sus aguas residuales.

Todos estos temas agrícolas están en profunda crisis teórica. Me acuerdo de la situación en los años 50 en el momento en que se nos decía que el Mercado Común resolvería todos los problemas de los franceses. El Mercado Común ha resuelto algunos problemas, pero en el momento actual, la agricultura francesa tiene muchas dificultades, tiene problemas de excedentes de trigo, de mantequilla y, en cualquier caso, el Mercado Común no ha resuelto los problemas de estructura de la agricultura francesa. Por esto creo que es un error pensar que la entrada de España en el Mercado Común resolvería los problemas de la agricultura española. Es de todos sabido la competencia directa de Italia en gran número de productos españoles, así como del Norte de África y de Israel. Incluso para los productos que España parecía bien situada, las hortalizas y primores, nos encontramos con situaciones nuevas: el Alto Volta, por ejemplo, donde se ha organizado la producción y comercialización a Europa de judías verdes para Navidad; en estos países en que no hay invierno se siembran en el mes de octubre y se recogen en Navidad.

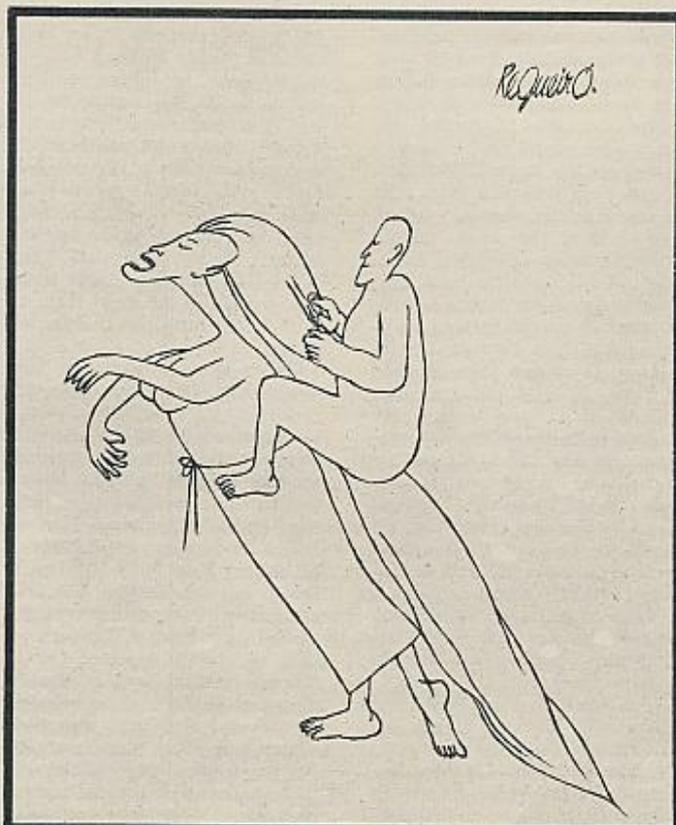
Para concluir, hay que decir que los optimismos que hacían pensar en la «revolución verde» como solución a los problemas de la alimentación mundial han resultado bastante insuficientes. En cuanto a la agricultura europea, la hora de la verdad le vendrá con la escasez creciente de proteínas, de la que es deficitaria. Actualmente pienso que es en lo relativo a la ganadería y los forrajes donde se están haciendo, se están empezando a precisar las innovaciones, ya que en estos temas de ganadería tenemos retrasos considerables. La manera de dejar crecer la hierba o la manera de cultivarla, representa un tipo de civilización agrícola totalmente diferente. Hemos pasado de recoger los alimentos para el hombre a cultivarlos. Con la revolución de los forrajes estamos pasando de recoger los alimentos para el ganado, cuando hasta hace poco tiempo el ganado iba a recogerlo y comerlo a través de campos, bosques y prados, a cultivar los forrajes y a su intensificación.

La ganadería estabilizada aumenta la producción, pero también aumenta el paro y la emigración hacia las ciudades, lo que plantea a largo plazo la cuestión de la discutibilidad de esto que se ha dado en llamar progreso. ■ M. G. y J. A. H.-S.

REGUEIRO



Requeiro



Requeiro